

LA DIMENSIÓN MARIANA DE SAN JUAN PABLO II

Un carisma mariano para la Iglesia

PARTE IV

Madre Adela Galindo, SCTJM

Fundadora

LA MATERNIDAD DE MARÍA

La dimensión Mariana en San Juan Pablo II es fruto de toda una vida de profunda devoción a María Santísima como Madre, que llevó, como él mismo lo ha dicho, un largo proceso de maduración. Podríamos decir que San Juan Pablo II, en su experiencia personal y en su dimensión teológica, coloca la Maternidad de María como el tronco sobre el cual se desarrollan todas las ramas (*dimensiones*) de su vida y su espiritualidad mariana.



Él está convencido de que cada discípulo de Cristo debe encontrarse en las palabras del Maestro en la Cruz: **“He aquí a tu hijo; hijo he aquí a tu Madre”** y que estas palabras son el testamento de Cristo que deben ser acogidas por cada uno de los fieles de la Iglesia. “En Juan, el discípulo amado, cada persona descubre que es hijo o hija de aquella que dio al mundo al Hijo de Dios”.

Para San Juan Pablo II, identificarse como hijo de María fue determinante en el desarrollo de su espiritualidad Mariana. Descubrirse en el rostro de San Juan evocó una profunda conciencia de la necesidad de acoger en su corazón, en su interior, a la Madre del Salvador, y que era el expreso deseo del Redentor, que él asumiese ese amor filial, dejando a la Virgen ejercer toda su misión materna.



Como expresó en la Encíclica *“Madre del Redentor”*, 45: *“La maternidad en el orden de la gracia igual que en el orden natural caracteriza la unión de la madre con el hijo. En esta luz se hace más comprensible el hecho de que en el testamento de Cristo en el Gólgota, la nueva maternidad de su madre haya sido expresada en singular, refiriéndose a un hombre: Ahí tienes a tu hijo. En estas mismas palabras está indicado el motivo de la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo; no solo de Juan, sino de todo cristiano. El Redentor confía su madre al discípulo y al mismo tiempo, se la da como madre. La maternidad de María, que se convierte en herencia del hombre, es un don: un don que Cristo mismo hace personalmente a cada hombre. A los pies de la Cruz comienza aquella especial entrega del hombre a la madre de Cristo”*.

Respecto a la devoción mariana, cada uno de nosotros debe tener claro que no se trata sólo de una necesidad del corazón, de una inclinación sentimental, sino que corresponde también a la verdad sobre la Madre de Dios. María es la Nueva Eva, que Dios pone ante el nuevo Adán -Cristo--, comenzando por la Anunciación, a través de la noche del Nacimiento en Belén, el banquete de la Boda en Caná de Galilea, la Cruz sobre el Gólgota, hasta el Cenáculo de Pentecostés: la Madre de Cristo Redentor es la Madre de la Iglesia” (*“Cruzando el umbral de la esperanza”*). Estaba “convencido de que María nos conduce a Cristo”, pero a partir de allí comenzó “a comprender que también Cristo nos conduce a su Madre” (*“Don y misterio”*, páginas 37-38).

La maternidad espiritual de María se expresa particularmente con su mediación materna. Ella intercede ante su Hijo e interviene directamente en la economía de la salvación para alcanzarnos las gracias de santidad que Cristo ha hecho posible para la Iglesia con su sacrificio redentor.



FIRMA MARIANA

San Juan Pablo II definitivamente tuvo una *“forma de ver mariana”* a la Iglesia, su propia misión, leer la historia y llevar a cabo los designios de Dios. Un corazón mariano contempla los misterios con ojos marianos. Pues los ojos son el reflejo del corazón. A la vez, pone un sello mariano en todo lo que hace, como poniendo las llaves de su acción en las manos de la Virgen. Esto es muy típico de San Juan Pablo II.

Dedicó **tres años** de audiencias generales a impartir la más extensa catequesis mariana que algún Papa hubiese hecho antes. Concluía todos sus documentos pontificios, alocuciones, homilías, discursos, etc. con una invocación mariana o haciendo una clara relación del tema con la vida de la Santísima Virgen. Podríamos decir que quiso sellar cada tema dirigiéndonos a Aquella que ha vivido todos estos misterios plenamente en comunión con Cristo. Es como si hubiese querido firmar cada una de sus intervenciones con la presencia de la Virgen.

